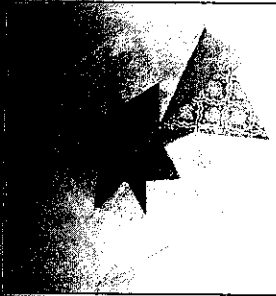


EDITOR  
DIRECCIÓN GENERAL  
DIRECCIÓN DE ARTE  
DIRECCIÓN DE EDITORIAL  
DIRECCIÓN DE ADMINISTRACIÓN  
DIRECCIÓN DE DIFUSIÓN  
DIRECCIÓN DE RELACIONES EXTERNAS  
DIRECCIÓN DE SERVICIOS DE ASESORIA JURÍDICA  
DIRECCIÓN DE SERVICIOS DE INVESTIGACIÓN Y DESARROLLO TECNOLÓGICO  
DIRECCIÓN DE SERVICIOS DE INFORMACIÓN Y COMUNICACIÓN



En Juliá (Madrid, 1977). Licenciada en Bellas Artes por la Universidad Complutense de Madrid, finalizó sus estudios en el Royal College of Art, Londres. Sus obras de ilustraciones y collages están realizadas en óleo y grafito sobre papel, enfocadas en la interacción entre las formas geométricas, las masas de color y los distintos materiales utilizados.

Ilustraciones  
JULIÁ GONZÁLEZ



Miguel de Unamuno

Correo electrónico: [claves@progesa.es](mailto:claves@progesa.es)  
Internet: [www.claves.progesa.es](http://www.claves.progesa.es)

Correspondencia: PROGRESA,  
JULIÁN CAMARILLO, 29B: 1ª PLANTA,  
28037 MADRID. TELÉFONO 915 38 61 04.  
FAX 915 22 22 91.

Publicidad: PROGRESA, JULIÁN CAMARILLO,  
29B: 1ª, 28037 MADRID.  
TELÉFONO 915 38 62 68.

Impresión: MONTERREINA.  
ISSN: 1130-3689  
Depósito Legal: M. 10.162/1990.

Esta revista es miembro de  
ARCE (Asociación de Revistas  
Culturales Españolas)

Esta revista es miembro  
de la Asociación de Revistas  
de Información

Esta revista recibe ayuda de  
la Dirección General del  
Libro, Archivos y Bibliotecas

Para petición de suscripciones  
y números atrasados dirigirse a:  
Progesa, Julián Camarillo, 29B; 1ª planta, 28037  
Madrid. Tel. 902 10 11 46. Fax 915 58 61 17

# S U M A R I O

NÚMERO 160 MARZO 2006

JORGE SEMPRÚN	4	DEFENSA PROPIA Y VERDAD PERSONAL
JOHN GRAY	8	UN ESPEJISMO DE IMPERIO
JOSÉ ÁLVAREZ JUNCO	14	ESPAÑA PLURAL, CATALUÑA PLURAL
JOSEP COLOMER	22	ESPAÑA DESDE CATALUÑA
ALESSANDRO FERRARA	26	LA GLOBALIZACIÓN DEL DERECHO
MANUEL TOSCANO	32	LA MUERTE DE LAS LENGUAS
JOSÉ LUIS HEREDERO	40	EL ALGORITMO PROGRESISTA
Semblanza Rafael del Águila	48	Unamuno Intelectuales y política
Política Carmen López Alonso	54	Religión y Estado laico
Ensayo Ávaro Ribagorda	58	El drama de los liberales
Historia Fernando Molina	66	El País Vasco Del martirio a la santificación de España
Poesía César Nicolás	72	Guillermo Camero o la poesía como metaficción
Literatura Adolfo García Ortega	78	'Oé in translation'
Artes plásticas Javier Montes	80	Pero ¿quién mató a la pintura?

# LA MUERTE DE LAS LENGUAS

Una reflexión crítica sobre el 'conservacionismo' lingüístico

MANUEL TOSCANO

## Una revolución sin precedentes

Parece indudable que existe una creciente preocupación (o, como se dice ahora, una *mayor sensibilidad*) acerca de la suerte de la diversidad cultural en el interior de las sociedades contemporáneas y también, lo que es más novedoso, a escala global. Esa inquietud por la diversidad cultural en todo el mundo forma parte de los temores que alienta el conjunto de cambios y tendencias que damos en llamar "proceso de globalización", cuyo impacto cultural está presente en las protestas y quejas de los movimientos antiglobalización. Recordemos la notoriedad adquirida por José Bové, uno de sus líderes más conspicuos, como una especie de moderno Astérix tras su ataque contra la cadena McDonald's y las simpatías que despertó en la opinión pública francesa. Y, más allá de los círculos de activistas contrarios a la globalización, encontramos otros ejemplos sin apartar la vista del país vecino: como las campañas en favor de la "excepción cultural" y la defensa de la francofonía, que inspiran acciones políticas diversas como la regulación de cuotas de exhibición en las pantallas cinematográficas o la penalización del uso del inglés en contratos comerciales o en la restauración (la famosa *ley Toubon*), todo ello amparándose bajo la bandera de la diversidad cultural.

Detrás de lo cual es fácil detectar el temor bastante extendido a que el proceso de globalización suponga una imparable erosión de la diversidad cultural e impulse la creciente uniformización del mundo contemporáneo, al que con ingenio Benjamin Barber ha bautizado como *McWorld's*. Esta suerte de *macdonalización* del mundo sería la consecuencia de la amplia difusión de la cultura de masas norteamericana y de la extraordinaria capacidad de penetración de sus modas y productos en las sociedades más diversas: música, televisión, películas, comida rápida, indumentaria y un largo etcétera. O se señala también la dimensión lingüística de la globalización, con la preeminencia sin rival

adquirida por el inglés en tanto que *lingua franca* internacional, especialmente en los mercados y transacciones económicas, en el ámbito de las nuevas tecnologías de la información y redes de comunicación, o en la investigación y la comunicación científica.

Pero, junto a estos aspectos bien conocidos y difundidos, hay otros que podrían resultar mucho más inquietantes. Tanto investigadores como militantes de grupos implicados en la conservación de la diversidad lingüística y cultural vienen informando en los últimos años de las situaciones de riesgo en que se encuentran las pequeñas culturas minoritarias, y sus lenguas, en los cinco continentes, no pocas de ellas al borde mismo de la desaparición. En este trabajo quiero prestar atención a la disminución o destrucción de la diversidad lingüística en el mundo.

Pero la diversidad lingüística tiene múltiples manifestaciones; al fin y al cabo, lo que denominamos "lenguas" (como el español, el árabe o el urdú) contienen o están sujetas a toda clase de variaciones regionales o sociales. *A fortiori*, si queremos ser precisos, como nos recomiendan algunos filósofos y lingüistas, en realidad, una lengua no es más que una población de idiolectos (de idiomas individuales, dentro de los que cabe a su vez cierta variedad de registros en función de la situación comunicativa), ninguno de los cuales es idéntico a otro aunque sí suficientemente cercanos para hacer posible la comunicación entre sus hablantes. Aquí haremos abstracción de todo ese fondo inagotable de diversidad lingüística, que nace de las diferencias individuales, para hablar sólo de las lenguas. Más en concreto, me ceñiré al fenómeno de la *muerte* de las lenguas, tal y como suele denominarse, sobre el que lingüistas y antropólogos han dado la voz de alarma en los últimos años<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> De la literatura sobre la muerte de las lenguas, en rápido aumento, cabe destacar los libros de David Crystal, *La muerte de las lenguas*, Cambridge Uni-

Si hacemos caso al politólogo canadiense Jean Laponce, habría una gran revolución en curso de la que no hablan los manuales de historia o de sociología, y tampoco los medios de comunicación (al menos hasta no hace mucho): la humanidad ha emprendido el camino de retorno a Babel, por evocar el mito del Génesis. Pues, como explica, a lo largo de la evolución humana podemos registrar una curva ascendente en la expansión y diferenciación de las lenguas que acompaña a la dispersión de las poblaciones humanas sobre la Tierra; sin embargo, esa tendencia parece haberse invertido drásticamente en algún momento del siglo xx<sup>2</sup>. Las lenguas, según las informaciones que nos ofrecen lingüistas y etnógrafos, están desapareciendo en un número y a un ritmo sin precedentes en todo el mundo.

## Datos globales sobre lenguas amenazadas

Para examinar si está ocurriendo esa revolución de la que habla Laponce, voy a utilizar el trabajo seminal de Michael Krauss *The World's Languages in Crisis*<sup>3</sup>, que constituye una referencia obligada en la literatura sobre lenguas en peligro. En efecto, dicho trabajo no sólo fue uno de los primeros trabajos en dar la voz de alarma dentro de la profesión sobre la pérdida sin precedentes de la diversidad lingüística (mérito que comparte con el recientemente fallecido lingüista del MIT Ken Hale, que fue el editor de la sección especial sobre 'Endangered languages' en la revista *Language*, donde apareció el artículo de Krauss), sino que, además, sus datos y esti-

versity Press, Madrid, 2001; Claude Hagège, *No a la muerte de las lenguas*, Paidós, Barcelona, 2002; D. Nettle y S. Romaine, *Vanishing Voices*, Oxford University Press, Oxford, 2000.

<sup>2</sup> Laponce, J.: 'Retour à Babel', *Revue française de science politique*, vol. 51, núm. 3 (2001), págs. 483-493.

<sup>3</sup> M. Krauss: 'The World's Languages in Crisis', *Language*, vol. 68, n° 1 (1992), págs. 4-10.



maciones son repetidos sistemáticamente en la literatura posterior sobre el tema.

Conviene reparar, como señala el propio Krauss, un conocido especialista en lenguas amerindias, en la enorme dificultad de conseguir datos estadísticos precisos de un asunto así, acrecentada cuando se trata de tener una perspectiva global. Primero, por la intrínseca dificultad de contar lenguas y de saber cuántas lenguas hay en el mundo. Se ha dicho que contar lenguas es tan difícil como contar nubes, pues nunca se sabe dónde acaba una y empieza otra, dónde tenemos un dialecto (modalidad dentro de la misma lengua) o tenemos una lengua diferente.

El punto es suficientemente importante para considerarlo un momento. El criterio que se utiliza para identificar una lengua y distinguirla de un dialecto es sencillamente el éxito en la comunicación: dos lenguas son distintas si sus hablantes no se entienden, sino son mutuamente ininteligibles. Un criterio que es cualquier cosa menos claro y preciso: de hecho, el éxito en la comunicación y la mutua inteligibilidad dependen de un buen

número de variables, relacionadas con la propia situación comunicativa y, sobre todo, con la disposición y habilidad comunicativa de los hablantes individuales.

Parece fuera de duda que el español y el guaraní, o el inglés y el javanés, son lenguas distintas y no meras variedades dialectales. Pero en la frontera entre Alemania y Holanda los hablantes de uno y otro lado pueden entenderse sin problemas, a pesar de que hablan lenguas distintas, como es posible que un español y un italiano, hablando pausadamente cada uno en su idioma, se entiendan; mientras que no ocurre lo mismo entre el hablante de un dialecto de la Suiza germánica y del alemán estándar o "alto-alemán". Este problema pone de manifiesto una verdad importante acerca de las lenguas que debemos retener: la razón por la que no podemos hacer del todo abstracción de la diversidad en el interior de una lengua es que las lenguas son ellas mismas una abstracción (que realizamos a partir del comportamiento comunicativo de los hablantes) y que, por lo gene-

ral, las comunidades lingüísticas carecen de fronteras claras y definidas<sup>4</sup>.

A eso hay que añadirle, en segundo lugar, el insuficiente conocimiento de campo de la situación de lenguas y hablantes en muchos rincones del mundo. Si no sabemos bien qué lenguas se hablan en ciertas zonas del mundo, aún resulta más difícil determinar su viabilidad o el peligro que pesa sobre ellas, por el deficiente conocimiento de sus condiciones y circunstancias. De modo que en este tema debemos contentarnos con estimaciones y proyecciones a partir de datos poco precisos.

Pero, incluso manteniendo la necesaria reserva hacia el modo en que se barajan los números demolingüísticos, las cifras son realmente impresionantes: Krauss calcula que un 50% de las lenguas del mundo se

<sup>4</sup> Por no ir más lejos, según proponen destacados filósofos y lingüistas como Davidson o Chomsky, que ponen en cuestión la necesidad de postular una lengua común o rechazan nociones como "chino" o "francés" por su nulo valor en el estudio del lenguaje.

hallan moribundas, entendiendo por moribundas las lenguas que ya no son aprendidas por los niños como lengua materna. Tales lenguas están condenadas irremisiblemente, por falta de transmisión generacional, en un plazo más o menos corto, a medida que vayan desapareciendo sus hablantes mayores. Si se calcula en torno a 6.000 (mil arriba o abajo) el número de lenguas en el mundo, eso significa la desaparición de unas 3.000 lenguas.

Pero, además de las lenguas moribundas, conviene prestar atención a una categoría distinta: las "lenguas en peligro" (*endangered languages*), lenguas que aprenden cada vez menos niños como lengua materna y que es previsible que dejarán de hacerlo con el tiempo si su proceso de declive continúa. Por las razones antes expuestas, parece aún más difícil calcular el número de lenguas que dejarán de ser transmitidas a los niños. Por ello, Krauss sugiere una aproximación indirecta: averiguar el número de lenguas que podemos considerar seguras y descontar el resto.

Sus cálculos dan unas seiscientas lenguas seguras, utilizando como criterios de seguridad, por una parte, el reconocimiento y apoyo oficial de un Gobierno o Estado y, por otra, el número de 100.000 hablantes como umbral mínimo de viabilidad. Esa cifra supone que sólo el 10% de las lenguas del mundo parecen relativamente seguras. Y digo relativamente porque los criterios de Krauss tampoco constituyen una garantía contra la decadencia: basta pensar en el gaélico-irlandés para reconocer que no basta con el apoyo de las instituciones políticas o considerar el caso del navajo, una de las lenguas amerindias más habladas en Estados Unidos, con más de 100.000 hablantes, y ahora en rápido declive, para comprender que no hay umbrales definitivos de seguridad.

La conclusión de las estimaciones de Krauss es bien clara: el siglo XXI verá probablemente la muerte o la condena del 90% de las lenguas del mundo, si se mantienen las perspectivas actuales. Lo que supone un promedio de una lengua muerta cada dos semanas a lo largo de este siglo

que empieza, según el cálculo de David Crystal, que viene a coincidir con el realizado por el lingüista francés Claude Hagège en otro libro reciente, donde estima que desaparecen unas veinticinco lenguas por término medio cada año<sup>5</sup>.

Con todo, convendría añadir otros datos que matizan y ayudan a conseguir una mejor perspectiva de la situación, en particular si contamos con la relación entre hablantes y lenguas, por una parte, y la distribución geográfica, por otra. Según *Ethnologue*<sup>6</sup>, seguramente el mejor catálogo existente sobre las lenguas del mundo, la mitad de las lenguas hoy existentes son habladas por menos de 10.000 hablantes, y la mitad de éstas (un cuarto del total) tienen menos de 1.000 hablantes. Lo que da como resultado que el 50% de las lenguas del mundo son habladas en total por ocho millones de personas, apenas un 0,2% de la población mundial. Por el contrario, si miramos las lenguas más habladas, encontramos que sólo unas pocas son habladas por más de un millón de personas (no llegan a 300), lo que supone que casi el 95% de la población mundial habla el 5% de las lenguas. Y la mitad de esta población se concentra en las 10 lenguas más habladas.

En cuanto a la distribución geográfica de las lenguas, varía grandemente entre las diversas regiones del mundo, según los datos de *Ethnologue*, por lo que la pérdida de la diversidad lingüística afecta muy desigualmente a países y continentes, y tampoco sigue un patrón uniforme.

Por continentes (como se ve en el gráfico 1), Europa (no la Unión Europea, sino todo el continente) tiene algo más del 3% de las lenguas del mundo (unas 230), mientras América alberga el 15% (1.013 lenguas),

África el 30% (2.058 lenguas), Asia el 33% (con 2.197 lenguas) y la región del Pacífico el 19% (con 1.311 lenguas).

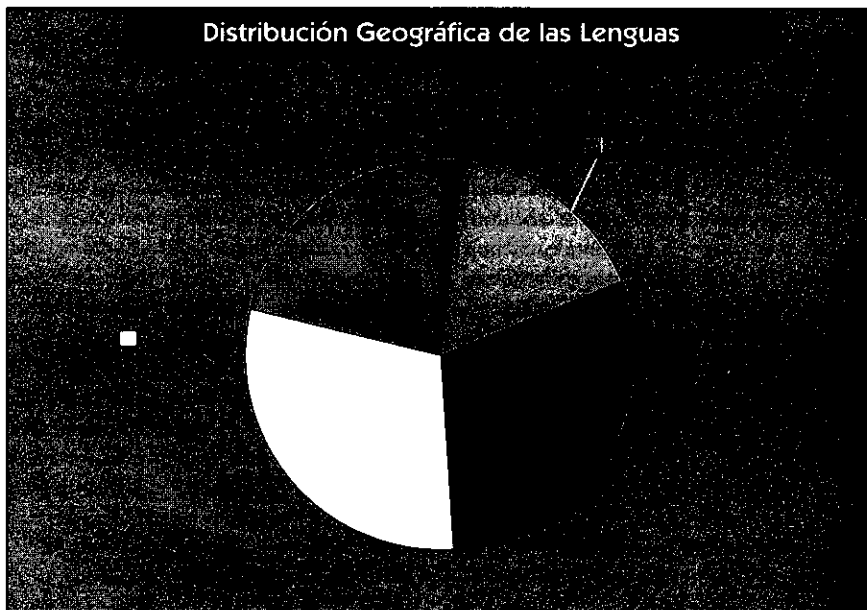
Por países, el *ranking* de la diversidad lingüística está encabezado por Indonesia, con 694 lenguas (9,47%), seguida por Papúa-Nueva Guinea, con 673 lenguas (9,19%); Nigeria, con 455 (6,21%); la India, con 337 lenguas (4,60%), y Camerún, con 247 (3,37%), si nos limitamos a los cinco primeros países.

Con todo, los datos parecen avalar los pronósticos más pesimistas y un claro sentimiento de catástrofe, como el expresado por un conocido estudioso de las lenguas de Oceanía, Indonesia y Australia, la zona que posee la mayor diversidad lingüística del mundo:

"No se puede hacer nada por invertir ni parar el movimiento de reducción continuo del número de lenguas distintas habladas en el mundo, aunque el ritmo de reducción pueda ser ralentizado. Al principio había 4.000-5.000 lenguas distintas; en 2100 habrá muchas menos -quizá sólo unos cientos".

#### ¿Por qué deberíamos preocuparnos por la diversidad lingüística del mundo?

A la vista de los datos expuestos sobre la situación de las lenguas en el mundo, que hablan por sí solos, podría parecer que está de más (si no es una prueba de corazón duro) el preguntarse por qué deberíamos preocuparnos por conservar la diversidad cultural, en este caso lingüística. De hecho, en la literatura sobre la muerte de las lenguas o las lenguas en peligro, buena parte de la discusión parece centrarse en si cabe hacer algo para frenar el proceso y, de ser posible, qué se puede hacer. Pues se da por descontado el valor de la diversidad cultural y lingüística,



<sup>5</sup> D. Crystal: *Op. cit.*, págs. 31-32. C. Hagège, pág. 11.

<sup>6</sup> B. Grimes & J. Grimes (eds.): *Ethnologue: languages of the World*, SIL International, 2000, 14<sup>th</sup> edition (puede consultarse en <http://www.ethnologue.com>). Una buena introducción se encuentra en C. Junyent: *La diversidad lingüística*. Octaedro, Barcelona, 1999.

<sup>7</sup> Dixon, R. M. W.: 'The endangered languages of Australia, Indonesia and Oceania', en Robbins, R. H., y E. M. Uhlenbeck (comps.), *Endangered languages*, pág. 234. Berg, New York/Oxford, 1991 (citado por C. Hagège, pág. 287).

considerada como un bien preciado que debemos conservar y proteger. Estamos ante una completa inversión del mito bíblico, donde Babel deja de ser una maldición divina para ser contemplada como un verdadero tesoro que podemos perder. Como afirma Ken Hale, en el volumen especial de la revista de la Sociedad Americana de Lingüística, sobre lenguas en peligro, donde apareció el trabajo de Krauss: "Desde la perspectiva de la ciencia lingüística, los argumentos para salvaguardar la diversidad lingüística del mundo no requieren especial discusión en esta revista"<sup>8</sup>.

Y, sin embargo, la pregunta de por qué deberíamos preservar la diversidad lingüística no es en modo alguno ociosa. Las buenas causas merecen, sin duda, buenas razones. Además, como asegura Andrew Woodfield (director del Center for Theories of Language and Learning, de la Universidad de Bristol): "El problema de la extinción de lenguas plantea cuestiones fundamentales de valor"<sup>9</sup>. Por más que sea una discusión de la que han estado ausentes los filósofos, creo que hay suficientes motivos para que entren en ella, especialmente quienes se dedican a la ética y a la filosofía política, pues deberían sentirse concernidos por las implicaciones normativas del asunto<sup>10</sup>.

En los últimos años (más exactamente desde la segunda mitad de los noventa), además de un creciente interés académico, que se traduce en investigaciones y publicaciones al respecto, han surgido toda clase de iniciativas tanto por parte de instituciones académicas, Gobiernos, organismos internacionales como por asociaciones y fundaciones privadas que tienen por objeto el estudio y la preservación de la diversidad cultural y, en especial, lingüística. La lista es larga y basta

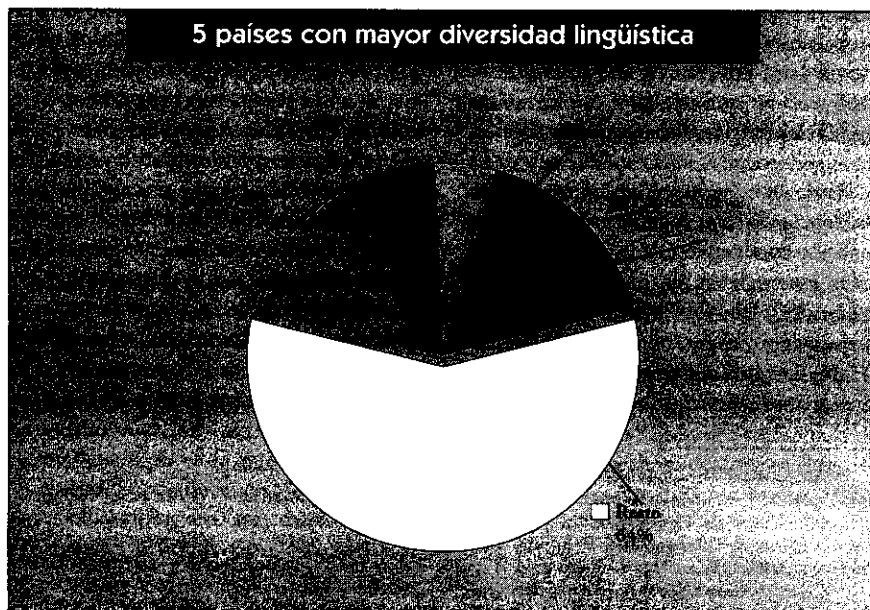
hacer un pequeño recorrido por Internet con un buscador para comprobarlo, aunque, eso sí, lo mejor es realizar la búsqueda en inglés: Unesco, el Consejo de Europa, Terralingua, European Bureau for Lesser Used Languages, Cultural Survival, International Clearing House for Endangered Languages, The Foundation for Endangered Languages, Committee on Endangered Languages and their Preservation, Linguasphere-L'Observatoire Linguistique, y un largo etcétera.

En la medida en que expertos y grupos militantes se dirigen a un público amplio con el propósito de llevar a cabo una labor de concienciación y difusión de sus puntos de vista en favor del respeto de la diversidad lingüística, recaudan fondos públicos y privados, proponen iniciativas legislativas, medidas políticas y hasta declaraciones internacionales, tienen que presentar una defensa de sus planteamientos y reivindicaciones, y parece saludable abrir la discusión acerca de las justificaciones que ofrecen de su causa. Y es saludable porque en este campo uno tiene la sospecha de que sucede algo muy parecido a lo que dice Brian Barry del multiculturalismo liberal *à la* Kymlicka: cuando el canadiense pretende que se ha establecido un consenso mayoritario dentro de la filosofía política en torno a sus argumentos en favor del multiculturalismo, lo que quiere decir es que todos los que escriben sobre el tema comparten posiciones parecidas, mientras que los que no están de acuerdo escriben de otras cosas simplemente porque no creen que el tema valga la pena<sup>11</sup>. Es un patrón que es fácil de reconocer en algunos debates de filosofía moral y, desde luego, en el caso que nos ocupa, sobre la muerte de las lenguas y la preservación de la diversidad lingüística.

Pero esa clase de consenso entre los ya convencidos no suele ser buena cosa, como ya advertía J. S. Mill. Efectivamente, si prestamos atención a las declaraciones, publicaciones o páginas *web* dedicadas a la cuestión, es fácil advertir que en defensa de la diversidad lingüística hay no poca confusión y endeblez argumental: junto a apelaciones meramente retóricas, abundan los efectos melodramáticos, con expresiones como "etnocidio" o "lingüicidio", y proliferan las analogías e imágenes biomórficas o antropomórficas, al hablar de "lenguas asesinas" (como el inglés) o de "lenguas que se suicidan", que no presagia nada bueno. Ya decía Joshua Fishman, el patriarca de la sociolingüística, que donde abundan las metáforas hay escasez de teoría. No me resisto a citar, a modo de ejemplo para ilustrar esta clase de abusos con respecto a las imágenes y efectos melodramáticos, las palabras de Tove Skutnabb-Kangas, una ardiente defensora de las lenguas minoritarias, en un artículo expresivamente titulado *Murder that is a threat to survival*: "Mientras nuevos árboles pueden ser plantados y los hábitats restaurados, es mucho más difícil restaurar lenguas una vez que han sido asesinadas. Y las lenguas están siendo asesinadas hoy con más rapidez que nunca antes en la historia"<sup>12</sup>.

Si hubiera que hacer un breve catálogo de los argumentos que más se utilizan en favor de la diversidad cultural podríamos distinguir cuatro líneas o estrategias argumentativas principales a efectos analíticos, aunque en la literatura suelen solaparse y hay frecuentes deslizamientos inadvertidos entre ellas. En cuanto a su importancia relativa, creo que los argumentos de la primera y segunda línea tienen un recorrido menor y que, a pesar del papel preponderante inicialmente jugado en la discusión sobre la muerte de las lenguas, están destinados a dejar paso a las razones de más peso clasificadas en tercer y cuarto lugar.

● En primer lugar, predominan los argumentos calcados sobre la defensa de la biodiversidad, que buscan analogías bioló-



<sup>8</sup> K. Hale: 'Language endangerment and the human value of linguistic diversity', *Language*, vol. 68, pág. 35 (1992).

<sup>9</sup> A. Woodfield: 'The conservation of Endangered Languages', en <http://www.bris.ac.uk/Depts/Philosophy/CTLL/article.html>.

<sup>10</sup> Una buena muestra de la incipiente reflexión normativa sobre los problemas lingüísticos puede verse en W. Kymlicka y A. Patten (eds.): *Language Rights and Political Theory*. Oxford University Press, Oxford, 2003.

<sup>11</sup> B. Barry: *Culture and Equality*, pág. 6, Polity Press, Cambridge, 2001.

<sup>12</sup> *The Guardian*, March 22, 2001.

gicas y adoptan un patrón ecológico o evolucionista. Es comprensible que quienes se interesan por la destrucción de las lenguas encontraran inicialmente un modelo en las preocupaciones de biólogos y ecologistas por la extinción de especies animales y vegetales. Terralingua, una organización internacional fundada en 1996 y dedicada al estudio y la conservación de la "diversidad biocultural", es un excelente ejemplo de esta convergencia. No obstante, por razones que veremos luego, la analogía con la biodiversidad puede confundir más que aclarar las cuestiones en juego y se agota a la postre en señalar la correlación que existe entre ambas formas de diversidad, apelando genéricamente al valor adaptativo de la diversidad. Una apelación extraña, o poco rigurosa desde un punto de vista evolucionista, por cuanto no cabe desconectar esa función adaptativa del mecanismo evolutivo crucial de la selección natural. De hecho, lo que parece más interesante de esta línea de argumentación, la idea de que el trato humano con los diversos entornos naturales se deposita en las diversas lenguas, puede ser recogido por el tercer tipo de argumentos que mencionaremos.

● Abundan argumentos que podríamos denominar del tipo "sólo para lingüistas", que se centran en la defensa de la integridad de su objeto o campo de estudio, y subrayan el interés científico de la diversidad lingüística. Por supuesto, por mucho atractivo que tengan para investigadores y académicos, esta línea de justificación tiene una escasa relevancia ética y política.

● Mucho más importante es la tercera línea argumental, que versa sobre la idea a la que nos hemos ido acostumbrando, aunque es relativamente reciente, de patrimonio cultural. Se trata de considerar las lenguas como depositarias e ingredientes esenciales del patrimonio cultural, ya sea de un pueblo o de la humanidad.

Para comprender esta línea argumentativa, conviene reparar en las transformaciones que ha experimentado la misma noción de patrimonio cultural en las últimas décadas del siglo xx, pues supone una amplia redefinición del mismo: *a)* desde la idea clásica de monumento (patrimonio como sinónimo de arquitectura y grandes obras de arte) hasta la idea actual de "bien cultural" que cubre cualquier "manifestación o testimonio significativo de un grupo humano"; *b)* por tanto, de objetos tangibles a bienes intangibles y testimonios vivos, y de manifestaciones de la "alta cultura" a una visión etnográfica, y *c)* también el desdibujamiento de los contornos

entre patrimonio cultural y patrimonio natural<sup>13</sup>.

No son pocas las paradojas a las que da lugar esta deriva expansiva de la noción de patrimonio cultural, empezando por ser potencialmente incontrolable, de modo que "todo es potencialmente patrimonializable" (al final, con un posible efecto de devaluación). Pero la principal paradoja, en lo que concierne a las lenguas, está en el hecho de que cuando algo es conservado como patrimonio cultural se ha alterado radicalmente su situación y sentido: se convierte en objeto de contemplación estética, ilustración histórica o incluso de símbolo. En el caso de las lenguas, esa transformación significa pasar de medio de comunicación vital a pieza de museo (como objeto de interés científico, histórico o estético). Por eso, conviene llamar la atención sobre la diferencia que existe entre la *preservación* de una lengua (que requiere una labor de documentación y registro, a través de archivos sonoros o de la confección de gramáticas y diccionarios) por contraste con su *mantenimiento* como forma de comunicación activa y cambiante en las relaciones y usos comunes de la vida social.

● Una cuarta línea se centra en la función identitaria de las lenguas y pretende enfatizar la lealtad hacia su lengua de los hablantes de las lenguas minoritarias. Aunque, contra lo que cabía esperar, es menos utilizada de forma expresa y directa, pues suele aparecer en relación de complementariedad tácita con la tercera, con la que se combina a menudo y sobre la que planea siempre. Tampoco es posible ocultar el giro radical y la inflación en el uso del término identidad en los últimos 15 años, bastante confuso tanto desde el punto de vista analítico como normativo. Hasta el punto de que autores como Rogers Brubaker, uno de los más perspicaces estudiosos de la etnicidad y el nacionalismo, abogan claramente por eliminarlo como categoría de análisis en las ciencias sociales<sup>14</sup>.

Desde un punto de vista analítico, el gran problema es la carga esencialista que conlleva la noción contemporánea de identidad y que todos los empeños de redescubirla como "construida", "plural", "fluida", "contingente", "negociada", etcétera, no consiguen disipar. Más bien se diría que refuerzan las sospechas sobre la ontología social que subyace al uso de

<sup>13</sup> Una incisiva discusión del concepto de patrimonio cultural y sus transformaciones se encuentra en A. Ariño Villarroya: 'La expansión del patrimonio cultural', *Revista de Occidente*, núm. 250, págs. 129-150 (marzo 2002).

<sup>14</sup> R. Brubaker & F. Cooper: 'Beyond Identity', *Theory and Society*, 29, págs. 1-47 (2000).

nociones de comunidad e identidad cultural: una versión de lo que Karl Popper ha denominado "el mito del marco", que representa el mundo humano recortado en conjuntos perfectamente diferenciables y separados, internamente compactos y autocontenidos dentro de bordes rotundos. Y no se trata sólo del peligro de hipostasiar tales agregados sociales, en una visión holista o sustancialista, confiriéndoles entidad propia o incluso personalidad moral, como algo que trasciende a los individuos que lo componen. Más delicado aún es la forma de representar la pertenencia de los individuos a dichas comunidades: entendiendo que todo individuo tiene una comunidad cultural de pertenencia, y sólo una, que le impone su impronta o su identidad.

Desde un punto de vista moral y político, esto supone un grave riesgo al crear la ilusión óptica de una identidad categórica (rasgos comunes típicos compartidos por sus miembros y sólo por ellos) y las consiguientes expectativas sobre el modo correcto de ser miembro de un grupo o comunidad. En las discusiones sobre lenguas se advierte muy bien esta tendencia (sobre todo entre los nacionalistas, aunque no sólo ellos) a la adscripción de una identidad categórica a los individuos: así, por ejemplo, el hecho de que una inmensa mayoría de los vascos tenga el español como lengua materna y medio habitual de comunicación, no impide que los nacionalistas proclamen el euskera como la lengua propia de los vascos. Y, por citar otro caso, como ha señalado Connor Cruise O'Brien, es bastante sorprendente (salvo para un nacionalista) que la Constitución de Irlanda defina el irlandés como la primera lengua del país, siendo el inglés la lengua materna de la gran mayoría de los irlandeses, en la que se comunican y en la que redactaron también el texto constitucional. Son ejemplos de una identidad ficticia en torno a la cual se establecen expectativas sobre lo que significa ser un buen vasco o un buen irlandés. Y esas pretensiones esencialistas justifican luego las políticas de normalización lingüística o cultural que se imponen a las personas reales para que se amolden a esa identidad predeterminada (que, paradójicamente, algunos se afanan en construir)<sup>15</sup>.

#### El valor comunicativo de las lenguas

Sería interesante examinar con algún detalle algunas formulaciones de estas cuatro estra-

<sup>15</sup> He desarrollado la crítica a esta concepción sustancialista de las naciones, y al esencialismo que conlleva a la hora de concebir la identidad, en 'Nationalism and Typological Thinking', en Fred Dallmayr y José María Rosales (eds.): *Beyond Nationalism?*, págs. 29-42. Lexington Books, Lanham/Oxford, 2001.

tejas argumentativas, pero me contentaré con hacer algunas observaciones críticas de carácter general sobre las cosas que echo en falta en tales intentos de justificación.

Ante todo, convendría tener una idea más clara de qué es eso de la *muerte* de las lenguas. Pues la reiteración de metáforas e imágenes biomórficas no debe llevarnos a olvidar que las lenguas no son organismos vivos y, como es obvio, no se mueren más que en sentido figurado. Una lengua no es más que un tipo de conocimiento o competencia cognitiva, registrado en la mente/cerebro de los hablantes individuales y que se ejercita a través del comportamiento comunicativo de éstos. Las distintas lenguas naturales, como el chino o el latín, no tienen entidad ni vida propia al margen de las interacciones comunicativas de los hablantes, y mucho menos cabe dotarlas de intencionalidad (como es obvio, ni *asesinan* ni *se suicidan*). En tanto que fenómeno social, una lengua no es más que un conjunto de regularidades o convenciones que emergen de los intercambios comunicativos de incontables individuos a lo largo de generaciones y que evolucionan gradualmente en razón de los efectos acumulativos de innumerables actos de comunicación. Al decir que evolucionan me refiero simplemente al hecho de que tales regularidades lingüísticas se distribuyen dinámicamente, incrementando o disminuyendo su frecuencia relativa, dentro de una población humana.

¿En qué consiste, entonces, la *muerte* de una lengua? Dejando a un lado los casos trágicos de verdadera desaparición física de los hablantes, hablamos en general de un proceso de asimilación lingüística por el que los hablantes de una lengua aprenden otra y, con el tiempo, dejan de usar la primera o de transmitirla a sus hijos. En una población dada, el empleo de una lengua se extiende, a la vez que el de otra se contrae hasta caer en desuso. Un cambio que puede ser lento o acelerarse extraordinariamente según las circunstancias, pero que requiere el relevo generacional, dado que el aprendizaje de una lengua tiene un periodo crítico, durante la infancia, después del cual se convierte en algo generalmente laborioso y difícil. Por describirla de la manera más esquemática posible, la asimilación lingüística supone siempre dos etapas: *a)* los miembros de una población más o menos monolingüe adquieren competencia en una segunda lengua, cuyo uso se generaliza, y *b)* con el tiempo, la primera lengua va cayendo en desuso y deja de ser aprendida por las nuevas generaciones. Cuando hablamos de la muerte de una lengua estamos describiendo el efecto social acumulativo de muchas decisiones y actos comunicativos.

Si se quiere impedir la asimilación lingüística y la consiguiente *muerte* de una lengua, no queda más remedio que impedir alguno de los dos pasos de la secuencia: o bien se interfiere para que los miembros del grupo no dejen de ser monolingües o bien se impide que dejen de ser bilingües. Son opciones con implicaciones bien distintas, que se confunden o se disfrazan con demasiada frecuencia en las medidas de política lingüística. Aquí, sin embargo, me gustaría considerar mejor por qué sucede ese proceso de sustitución de una lengua por otra. Pues entre tantas referencias a lo fascinante que son las lenguas como organismos vivos u objeto de estudio, a su condición de legado cultural o seña de identidad de un grupo, parece olvidarse su función comunicativa con respecto a la cual los otros aspectos son derivados.

Atendiendo a esta dimensión social, podemos contemplar las lenguas como redes que facilitan la comunicación entre sus hablantes, y en tanto que redes muestran ciertas propiedades con consecuencias interesantes sobre las que hay una abundante literatura en las ciencias sociales: externalidades de red, economías de escala, efectos de masa crítica y demás mecanismos de refuerzo positivo, como las preferencias adaptativas. En este sentido, hay que señalar un factor básico, como es el tamaño de la red: cuanto más gente usa la red, más atractiva resulta. Simplemente, ofrece más oportunidades de comunicación, incluyendo una gama más amplia y diversa de bienes y servicios de todo tipo basados en el lenguaje. Y, a la inversa, cuanto menos gente está conectada por medio de una red, menos incentivos para participar en ella<sup>16</sup>.

Fijémonos en que este principio del valor comunicativo de las lenguas puede poner en marcha una dinámica de retroacción positiva o retroalimentación, que puede culminar en la decantación social hacia otra lengua e incluso, como se ha señalado, en verdaderas *estampidas* de una lengua a otra: por la sencilla razón de que cuantas más oportunidades de comunicación ofrece, más gente se suma; y cuanto más gente se suma, más oportunidades de comunicación ofrece. Una dinámica de expansión de algunas lenguas que conlleva correlativamente una espiral descendente en otras lenguas, semejante al *efecto Mateo* del que habló R. K. Merton: al que tiene se le dará y al que no tiene se le quitará. Con el añadido de la existencia de umbrales que podemos detectar en el uso de

las lenguas, puesto que por debajo de un cierto número de participantes la red de comunicación languidece irremisiblemente.

Si descuidamos esta función como redes de comunicación social oscurecemos, por una parte, las relaciones entre lenguas y, también, el comportamiento de los hablantes que subyace a éstas. El sociólogo Abram de Swaan, en su libro *Words of the World*<sup>17</sup>, ha explicado que bajo la abigarrada proliferación y confusión de lenguas se esconde un claro orden, un patrón ordenado en las conexiones entre lenguas. Contra lo que nos dice el mito de Babel, las lenguas están conectadas unas con otras a través de hablantes bilingües o multilingües; a saber, individuos cuyos repertorios lingüísticos incluyen más de una lengua. Pero dichas conexiones no se producen al azar, sino que siguen un patrón fuertemente jerarquizado, que responde al potencial comunicativo de cada lengua, lo que Swaan denomina su valor Q.

En otras palabras, las personas no aumentan su repertorio lingüístico de manera caprichosa sino para maximizar sus oportunidades de comunicación, el valor Q o potencial comunicativo de su repertorio lingüístico. ¿Cómo se define el potencial comunicativo de una lengua? Según De Swaan, el valor Q de una lengua es el producto de dos factores: por una parte, la prevalencia o extensión de una lengua, que hace referencia al número de personas que incorporan esa lengua en sus repertorios lingüísticos dentro de una población dada, y, por otra, su centralidad, que viene dada por la proporción de hablantes multilingües que son competentes en esa y otras lenguas. En otras palabras, el potencial comunicativo de una lengua en una determinada constelación viene dado por el producto de la proporción de sus hablantes en esa constelación (el número de sus hablantes por relación al conjunto de hablantes de esa constelación) y de la proporción de sus hablantes multilingües (el número de individuos que conocen esa lengua y al menos otra lengua más, dividido por el número de hablantes que hablan más de una lengua en la constelación). El chino es seguramente la lengua más extendida, en tanto que el inglés es la lengua más central de nuestro tiempo. La prevalencia o extensión de una lengua mide las posibilidades de comunicación directa que ofrece, mientras la centralidad mide las oportunidades de comunicación indirectas, de acceso a otras lenguas a través de traductores e intérpretes.

<sup>16</sup> Silvana Dalmazzone: 'Economics of Language: A Network Externalities Approach', en Albert Breton (ed.), *Exploring the Economics of Language*, The Department of Canadian Heritage, 2000.

<sup>17</sup> A. de Swaan: *Words of the World. The Global Language System*. Policy Press, Cambridge, 2001. Cfr. también Louis-Jean Calvet: *Pour une écologie des langues du monde*. Plon, Paris, 1999.



De Swaan plantea de forma convincente que si las elecciones lingüísticas de los individuos están guiadas por el potencial comunicativo de sus repertorios lingüísticos, entonces las relaciones entre lenguas, en tanto que medios de comunicación, son fuertemente asimétricas. Basta con darse cuenta de qué lenguas aprende la gente, pues, como ha señalado Louis-Jean Calvet, las personas aprenden o quieren que sus niños aprendan siempre una lengua con mayor, o al menos el mismo, potencial comunicativo que la suya propia, de forma que si nos encontramos con alguien que sabe bereber y árabe, o esloveno e inglés, podemos determinar por lo general cuál es su lengua materna y la que ha aprendido después. Una asimetría que apenas puede encubrir la retórica al uso sobre la igualdad de las lenguas, que resulta confusa

para explicar los fenómenos de desgaste o sustitución lingüística que están detrás de la pérdida de la diversidad lingüística por la razón de que pretende ignorar el valor comunicativo que tienen las lenguas en una determinada constelación lingüística.

#### **Diversidad en la diversidad: el conflicto de valores**

De lo anterior se desprende no sólo la necesidad de contar con el valor comunicativo de las lenguas, sino también la importancia de poner en claro los microfundamentos del cambio lingüístico, contemplado como el efecto acumulativo de muchas decisiones individuales. Pues resulta un tanto inquietante la tendencia a adoptar, en los debates sobre la diversidad cultural en general, un punto de vista holista que empaña tanto el

análisis como la discusión normativa. Algo en lo que apenas se repara, como si fuera un simple desliz en la forma de expresarse, en el que incurren con toda naturalidad incluso autores que se proclaman liberales<sup>18</sup>, cuando se habla de "lo que quieren o piden" los grupos y minorías etnoculturales, de su "voluntad de no asimilarse", etcétera.

No se trata sólo de recordar los beneficios analíticos del individualismo metodológico. Con esa manera aparentemente inocua de hablar de grupos y comunidades de cultura se nos cuele toda una representación de la vida social, que terminamos viendo como un cuadro de Modigliani, por utilizar la famosa imagen de Gellner, compuesto por grandes manchas de color internamente homogéneas, compactas y bien circunscritas con trazo negro. El problema es que, de esa forma, se encubren las diferencias y los conflictos que se desarrollan en el interior de los grupos. Se los presenta, con frecuencia interesadamente, como bloques monolíticos, casi agentes supraindividuales, a los que se asigna un conjunto de preferencias bien definido, cuando en realidad sabemos que las demandas en nombre de la comunidad pueden ser contradictorias y que rara vez hay unanimidad de preferencias entre sus miembros; que sus señas de identidad son materia de casuística y controversia interminables, que sólo cobran relieve en determinadas circunstancias sociales, si no son deliberadamente inventadas en otras, y que la definición del propio grupo está sujeta, no pocas veces, a contestación interna. De ahí que sea imprescindible tomar a los individuos, en lugar de grupos o comunidades, como unidad de análisis, en nuestro caso en tanto que agentes del cambio lingüístico, sin perder de vista los diversos fines e intereses que persiguen, muchas veces incompatibles.

En este sentido se ha pronunciado Salikoko Mufwene, una de las pocas voces críticas con respecto al enfoque predominante en la profesión y en la literatura sobre la diversidad lingüística. Este lingüista de la Universidad de Chicago, de origen centroafricano, señala la necesidad de interpretar el proceso de desaparición de una lengua como la consecuencia de las respuestas de sus hablantes a las condiciones cambiantes de su entorno social y económico. Como certeramente apunta, en la literatura sobre la muerte de las lenguas parece que sólo importara la pérdida de las tradiciones y de la lengua ancestral, sin que se preste la menor atención a las ventajas que los hablantes pue-

<sup>18</sup> Kymlicka es un claro ejemplo. Sus libros están plagados de expresiones de ese tipo, como puede verse en *Ciudadanía multicultural*, Paidós, Barcelona, 1996.



den o esperan conseguir con los cambios en sus condiciones de vida. Aunque son varios los tópicos sobre la muerte de las lenguas que Mufwene ha desmontado, especialmente la tendencia a verlo como un problema uniforme causado invariablemente por la colonización occidental, ésta sería su principal crítica:

"Los lingüistas de forma típica han lamentado la pérdida de la diversidad lingüística. Pocas veces se han fijado en los hablantes mismos, en términos de sus motivaciones y de los costes y beneficios que les supone abandonar sus lenguas. Rara vez se han ocupado de la cuestión de si la supervivencia de una lengua implicaría una adaptación más adecuada de sus hablantes a la ecología socioeconómica cambiante. Han censurado la pérdida de las culturas ancestrales, como si las culturas fueran sistemas estáticos y la emergencia de otras nuevas, en respuesta a esas ecologías cambiantes, fuera necesariamente peor"<sup>19</sup>.

Las palabras de Mufwene parecen invitarnos a plantear algunas preguntas sobre las implicaciones sociales de mantener viva una lengua en determinadas circunstancias: ¿Podemos evitar que grupos de cazadores recolectores se establezcan como pastores o agricultores para evitar que pierdan las costumbres, tradiciones o la lengua asociada con tal modo de vida? ¿O que la gente de las aldeas abandone su entorno rural para buscar mejores oportunidades de vida en las ciudades? Podemos saber cómo preservar la integridad del entorno ecológico natural de una especie amenazada, impidiendo o limitando el acceso humano, pero no hay comparación posible con la preservación de una lengua que hablan cien o doscientas personas: ¿Acaso es posible aislar esa comunidad o limitar sus contactos con el mundo exterior para mantener una forma de vida congelada en el tiempo?

La cuestión, dicho llanamente, es que hay que considerar también el precio por conservar la diversidad lingüística en ciertas circunstancias. Es un asunto crucial para abrir la discusión normativa sobre la muerte de las lenguas y que, por ello, conviene entender bien. En otras palabras, sería recomendable que los defensores de la diversidad lingüística, y cultural en general, hicieran más caso de otra forma de pluralismo: el axiológico. Pues, como han explicado filósofos como Isaiah Berlin, el recientemente fallecido Bernard Williams o Joseph Raz, el pluralismo de valores significa que los fines, ideales o valores que los hombres persiguen no componen ni pueden componer

un conjunto coherente y armónico. Los bienes humanos no sólo son diversos, sino incompatibles entre sí, y entran inevitablemente en conflicto. La pretensión de una armonización definitiva, como nos recuerda la filosofía moral contemporánea, es conceptualmente inconsistente: ninguna vida humana, ninguna sociedad, puede contener todos los valores, dado que la realización de algunos sólo puede hacerse a expensas de otros. Seguramente encierra una enseñanza amarga, que tenemos tendencia a olvidar: la idea de que no podemos tener todas las cosas buenas y que estamos condenados a elegir entre opciones valiosas, y no sólo entre cosas buenas y malas.

Pero es una lección imprescindible para considerar el valor de las cosas, que no puede separarse del precio que estamos dispuestos a pagar por ellas y que expresa lo que los economistas llaman su "coste de oportunidad", el valor de la alternativa sacrificada. De ahí que resulte engañoso hablar del valor de la diversidad lingüística de forma descontextualizada, sin considerar sus costes en términos de otras cosas que valoramos, dadas las circunstancias. El debate normativo acerca de la muerte y conservación de las lenguas no puede rehuir ese balance, que pasa por establecer prioridades y considerar sacrificios, como ocurre en las situaciones reales de elección, personales o políticas. Y eso significa plantear cuestiones incómodas: por ejemplo, un país como Papúa-Nueva Guinea, con unos 4,5 millones de habitantes, puede ¿sostener a largo plazo cerca de setecientas lenguas? Estados africanos con un grado extremo de fragmentación lingüística y necesidades sociales acuciantes, ¿pueden financiar sistemas escolares con 200 o 400 lenguas? ¿En ciertas circunstancias no parece prioritario escolarizar a los niños, aunque sea en una lengua distinta a la de sus padres? En general, hay que preguntarse por los costes de la fragmentación lingüística (es decir, allí donde es alta la probabilidad de elegir dos individuos al azar cuyos repertorios lingüísticos no tengan ninguna lengua en común) en términos de otras cosas que valoramos, como el desarrollo económico o la democracia<sup>20</sup>.

<sup>20</sup> He abordado el argumento de la difícil relación entre democracia y multilingüismo, a propósito de la construcción europea, en 'El desafío de Mill: democracia y diversidad lingüística en la Unión Europea', en Teresa López de la Vieja (ed.): *Ciudadanos de Europa. Derechos fundamentales en la Unión Europea*, págs. 123-146, Biblioteca Nueva, Madrid, 2005.

<sup>21</sup> F. de Saussure: *Cours de linguistique générale*, págs. 281 y sigs. Payot, París, 1974.

<sup>22</sup> Michael Blake: 'Rights for People, Not for Cultures', *Civilization*, págs. 50-53 (agosto/septiembre 2000).

Se trata de cuestiones muy complicadas, apenas esbozadas aquí con la intención de subrayar que no podemos escribir sobre el valor de la diversidad lingüística sin abrir la discusión sobre sus costes. La lección del pluralismo de valores parece particularmente necesaria en este asunto, pues cabe sospechar que entre los defensores de la protección de las lenguas se encuentran bien representados dos prejuicios, con el riesgo, además, de que se refuerzan mutuamente: el sesgo del experto, que concede la mayor importancia a su campo de estudio, y el del activista, que tiende a ver la vida pública y el mundo a través de un solo tema, de forma unidimensional.

### Conclusión

En su *Cours de linguistique générale*, Ferdinand de Saussure decía que hay dos fuerzas contrarias que operan sobre el lenguaje: por una parte, *l'esprit de clocher*, y por otra, lo que denomina la fuerza de *intercourse*, utilizando un anglicismo con el que designa las relaciones sociales, la comunicación, el comercio (y hasta las relaciones sexuales)<sup>21</sup>. Si hubiera que resumir en pocas palabras el prejuicio de fondo de buena parte de la literatura sobre la muerte de las lenguas y la diversidad lingüística, habría que señalar la ausencia de un balance equilibrado entre ambas fuerzas, por un predominio unilateral, ciertamente descompensado, del "espíritu de campanario".

¿Se sigue, entonces, de lo dicho que no hay motivos de preocupación en todo este asunto de la extinción de las lenguas? Sí que los hay, pero de índole distinta de los que se invocan, por lo general, en la literatura sobre la muerte de las lenguas. Pues el problema fundamental, desde un punto de vista moral y político, *no es la supervivencia de las lenguas, sino la suerte de sus hablantes*. No veo nada moralmente reprochable en la asimilación lingüística de los hablantes de una lengua minoritaria en un grupo lingüístico más amplio; todo dependerá de las circunstancias. Al fin y al cabo, ni las lenguas ni las culturas tienen ninguna clase de derecho a la supervivencia y nadie podría garantizárselo. Quienes sí tienen derechos que pueden ser conculcados son las personas. Y, en definitiva, lo que debería preocuparnos son las circunstancias de injusticia, opresión y pobreza que afrontan tantos hablantes de lenguas minoritarias<sup>22</sup>. Ése, y no otro, debería ser el objeto prioritario de nuestra atención. ■

Manuel Toscano es profesor de Ética y Filosofía Política en la Universidad de Málaga.

<sup>19</sup> S. Mufwene: 'Colonisation, Globalisation and the Future of Languages in the Twenty-First Century', *Most Journal on Multicultural Societies*, vol. 4, 2, págs. 21-22 (2002).